

## José Ortega y Gasset, España y la modernidad

Por Javier PINEDO\*

### 1. Introducción

DESDE EL SIGLO XVI una parte de Europa dio inicio y expandió sobre el resto de la humanidad un amplio proyecto filosófico, político, social, económico y cultural que se conoce como modernidad.

Aunque la modernidad no es un proyecto biológico que afecte sólo a algunos grupos humanos, sí tiene un sujeto social determinado que la representa y tiene también una geografía y una historia construida por personalidades como Kant, Locke, Adam Smith, Rousseau, Voltaire y otros que la definen.

La modernidad nace y se desarrolla en el centro de Europa y se va extendiendo en círculos concéntricos al resto de la humanidad, en procesos denominados *planetización*, *universalización* y *globalización*.

En mi opinión, España es la única nación (europea) que desde el iniciomismo de la modernidad propuso un proyecto político y filosófico alternativo, para oponerse a ese modelo que considera burgués, racionalista, individualista y laico.

España intentó defenderse en sus amplios dominios de la modernidad y cerró sus fronteras, hasta donde le fue posible, a un proyecto que consideró una maldición porque limitaba el misterio y el control divino sobre la historia.

La modernidad, sin embargo, avanzó con pasos de gigante y rápidamente tuvo éxitos como la Revolución de Independencia norteamericana de 1776, levantada con los textos de los ilustrados europeos. Más tarde, la Revolución Francesa de 1789 y su grandioso *motto*, "Libertad, igualdad, fraternidad", que hizo pensar a Hegel que la humanidad había llegado al fin de la historia, entendida como la historia de los conflictos ideológicos, los que concluían ante la perfección insuperable de los ideales revolucionarios, cantados con el brío de *La Marseillaise*. A partir de ahora, escribió Hegel a comienzos del siglo XIX, ya no había nada más que imaginar en términos filosófico-políticos y sólo restaba extender los beneficios de la Revolución Francesa a la mayor cantidad de realidades políticas del mundo.

\* Director del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Talca. Chile; e-mail: <jpinedo@utalca.cl>.

Además, la modernidad, obtuvo notables éxitos científicos y prácticos (la primera Revolución Industrial es la antepasada de las muchas otras revoluciones tecnológicas posteriores, incluida la robótica, la del *microchip* y, sobre todo, la revolución comunicacional actual) y por supuesto también éxitos económicos (la pobreza disminuyó y la vida humana se prolongó) y muchos otros innegables logros que parecieron transformar a la modernidad en un proyecto sin alternativas.

Pero la modernidad inventó también la periferia del mundo y rápidamente la humanidad se dividió entre un centro moderno (blanco, racional, científico, capitalista, triunfador) y los márgenes laterales que incluían una amplia cantidad de países y naciones jerarquizados según su mayor o menor cercanía con el proyecto moderno: países del primer, segundo, tercer y cuarto mundo; países desarrollados y subdesarrollados; sociedades modernas y tradicionales, siguiendo los valores de la modernidad.

España fue el primer país cuyos intelectuales polemizaron sobre las ventajas o desventajas de la modernidad desde una fecha muy temprana, pues ya en el siglo XVI Francisco de Vitoria, Francisco Suárez y, más tarde, en el siglo XVIII en un momento en que la modernidad estaba desarrollándose con fuerza, pensadores como Jovellanos, Feijoo y otros, se levantan señalando que si bien la modernidad ha vencido en términos podríamos decir “terrenales”, no ha logrado resolver los problemas “espirituales”. Más aún, los ha aumentado, lo que se refleja en una literatura que casi desde el inicio de la modernidad está poblada de personajes que habitan un mundo sórdido y solitario.

A través de sus pensadores y gobernantes España postuló la existencia de un proyecto alternativo posible basado en la práctica de la fe católica, en un modelo político fundamentado al mismo tiempo en el pueblo y la nobleza férreamente unidos en una moral caballerescosquijotesca, en el rechazo a la razón instrumental (también en la versión de la *Realpolitik*), en el centralismo político como motor social más que en la democracia y más en la comunidad que en el individuo.

Todos conocemos la metáfora de Arquíloco sobre el zorro y el puerco espín o erizo, metáfora recogida y analizada por Isaiah Berlin,<sup>1</sup> según la cual el zorro sabe muchos trucos, es ágil para cambiar de posición, inventa con facilidad estrategias para sobrevivir; mientras el puerco espín es lento, cerrado sobre sí mismo, conservador: “El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa” que lo diferencia y lo salva.

<sup>1</sup> Isaiah Berlin, “El erizo y el zorro” (1978 1ª ed. en inglés), en *Pensadores rusos*, México, FCE, 1979.

Arquíloco agrega que estos animales se repiten en individuos cuya personalidad es zorro o erizo. A esta metáfora básica pensadores como Claudio Véliz añadieron que además de personas había países (y culturas) zorros y erizos.

Los primeros son modernos, liberales, capitalistas y están representados por el mundo anglosajón. Los segundos, corresponden a los países de cultura tradicional, conservadores, cerrados y barrocos y están representados por el mundo hispano.

A partir de aquí se estableció con claridad la existencia de al menos dos modelos de futuro: el moderno y el barroco.<sup>2</sup> Con ese proyecto en la mano España avanzó cuanto le fue posible hasta la derrota en Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, que simbólicamente podemos ver como el cambio de mano de un imperio cansado y en declive, a otro joven y en expansión: Estados Unidos.

## 2. Periferia y modernidad

SIN embargo, el asunto se volvió más complejo desde el momento en que también las periferias del mundo reclaman, critican o aun asumen el proyecto moderno sin poseer el filosófico y político necesario para levantarlo.

En esta perspectiva es posible pensar a los siglos XIX y XX como la historia de la periferia para aceptar o no la modernidad. Veamos cuatro ejemplos fundamentales que dan prueba de la intensidad con que el proyecto moderno fue percibido desde las periferias.

### Modernizar es norteamericanizar

El primero es el caso del Japón de Fukuzawa (1835-1901) que intentó el más profundo proceso de modernización (entendida como norteamericanización) de la sociedad japonesa, en un país dominado por shogunes medievales y en el que su idioma ni siquiera contenía un equivalente a los conceptos de *modernidad* e *ilustración*.<sup>3</sup>

Con la ayuda de la dinastía Meiji, Fukuzawa logró la inserción forzada de su país en una modernidad tecnológica sin haber conocido en un primer momento, o sólo parcialmente, la revolución burguesa y los valores básicos de la modernidad: la libertad individual, el acceso a la prensa y el conocimiento y la democracia representativa.

<sup>2</sup> José Antonio Maravall, *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel, 1975.

<sup>3</sup> Marta Elena Pena de Matsushita, *Sarmiento y Fukuzawa: dos forjadores de la modernidad*, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Matanza, 2002.

Japón intentó una modernidad ortodoxa y tecnológica para vencerse a sí mismo, a la tradición y levantar un nuevo sujeto japonés inserto en una cultura y en una economía de futuro.

### Las dificultades de construir una política en el margen de la modernidad

El segundo caso es el de Rusia que desde mediados del siglo XIX, los mismos años de Fukuzawa, cuenta con un grupo de intelectuales, la llamada *intelligentsia* rusa (Herzen, Turgeniev, Tolstoi, Vissarion Belinsky, Gogol y algunos otros),<sup>4</sup> que debate sobre el nacionalismo y el alma rusa, pero también sobre la más furibunda modernización, y busca una solución al atraso ruso y a su inserción (o no) en Occidente, y que con el triunfo de los *soviets* desembocó en un proyecto alternativo de modernidad y en una dictadura de partido único, pero que logró una de las revoluciones tecnológicas y sociales más importantes de la historia humana.

Los pensadores rusos de mediados del siglo XIX, dialogan, enfrentan, discuten, aceptan o rechazan el tema de la modernidad (la cultura, la libertad, la religión, la política), es decir, el lugar de Rusia en relación con la civilización europea. Muchas de sus posiciones coinciden notoriamente con los pensadores españoles y latinoamericanos, lo que prueba la circularidad de las ideas en la época. José Martí, por ejemplo, está muy cerca de Tolstoi al intentar construir una sociedad de hombres iguales desde la sencillez de los campesinos pobres.

Autores que discuten sobre la civilización occidental, la función de los campesinos, los burgueses, los intelectuales en la sociedad. Se trata de un tremendo esfuerzo por encontrar un lugar para su país en la modernidad, en el entendido de que muchos países europeos pusieron fin a la época feudal apenas en el siglo XIX, comenzando su camino hacia la modernidad.

### La modernidad y la superación de los fracasos del Nuevo Mundo

El tercer ejemplo corresponde a América Latina y las propuestas de los intelectuales liberales del siglo XIX (Echeverría, Sarmiento, Bilbao, Lastarria, Alberdi y otros), quienes intentaron establecer su relación con la modernidad y que puede explicitarse en el caso de Domingo

<sup>4</sup> Véase Berlin, *Pensadores rusos* [n. 1], pp. 174ss.

Faustino Sarmiento, un modernizador radical que propuso a los argentinos ser “los *yankies* de la América del Sur”.

He aquí otra diferencia aglutinante: mientras el romanticismo europeo criticó a la modernidad como un proyecto (y un sujeto) excesivamente racional, optando por la fantasía y los sueños; el romanticismo latinoamericano apostó por un proyecto político racional y positivo, que le parecía imprescindible en un continente excesivamente irracional y no domesticado.

A los postulados de Sarmiento le siguieron los de José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó que definían, desde un fuerte antipositivismo, la imitación de la cultura norteamericana como una “nordomanía”, es decir, la manía por ser como los del norte. Un mundo tecnológicamente desarrollado, pero sin alma.

### La manera española de resolver las diferencias con la modernidad

España había iniciado el debate en torno a la modernidad en el siglo XVIII y lo continuó a lo largo del XIX en los artículos de Mariano José de Larra y de Juan Valera, en los que se plantea la misma atracción y temor a la modernidad que en los casos anteriores. Estas dudas las confirmó España en la debacle de 1898, con la aparición de un grupo de pensadores que reflexionaron sobre la relación de su país con el proyecto moderno, que plantearon las “diferencias”, hasta las geográficas, de la Península con la modernidad ultra pireneica.

Juan Valera, por ejemplo, y su crítica a los afrancesados, más que a los franceses, por su excesiva imitación de una modernidad ante la cual José Martí también se había manifestado desconfiado, cuando criticaba que “se imita demasiado”. Valera, un aristócrata español, y Martí, un liberacionista cubano, coinciden en la misma sospecha ante la copia de un modelo cuyo original les era ajeno.

Larra, por su lado, critica la modernidad desde una postura romántica, rebelde y melancólica, aunque utilizando un género literario muy moderno como es el artículo periodístico. Larra estaba de acuerdo con ciertos aspectos de la modernidad en su versión liberal (“libertad en arte, en economía, en política”) y como superación del tradicionalismo conservador español, aunque sin aceptar su aplicación absoluta en una sociedad no preparada para este cambio.

### 3. Ortega y Gasset y la modernidad

EN este contexto surge la obra de José Ortega y Gasset, que define la modernidad como una etapa histórica caracterizada por la razón, el desarrollo industrial, la democracia y el capitalismo; valores que abarcaron a Europa y en menor medida a España.

Coincido con Jorge Acevedo cuando señala que Ortega y Gasset dialogó críticamente con la modernidad, en el sentido de no aceptarla completamente, ni rechazarla del todo: “lo más importante en esta confrontación con la modernidad no simple rechazo, ni puro cuestionamiento, ni, menos aún, ‘refutación’ de ella—, consistiría, en lo que a nuestro asunto atañe, en el ‘reemplazo’ del sujeto, como entidad privilegiada y decisiva, por la vida humana, fenómeno radical”.<sup>5</sup>

El pensamiento de Ortega y Gasset tiene su origen en la especial situación que mantuvo España frente al fenómeno moderno. Por un lado, España dio inicio a la modernidad y el primer Estado moderno se levantó tempranamente en su suelo con los Reyes Católicos, quienes construyeron una máquina gubernamental basada en una lengua oficial, una religión única y la unidad nacional territorial; es decir, un Estado-nación que recibió los elogios del propio Maquiavelo quien vio en Fernando el ejemplo del gobernante.

Pero, por otro lado, España no fue totalmente moderna porque nunca le interesaron ciertos principios fundamentales de la modernidad, y aparece como un proyecto internamente dividido en el que, por una parte, se consideran aspectos de la modernidad, y por otra se sostiene la propia peculiaridad, a sabiendas de que no son sinónimos. En el siglo XVI, España representa una parte de la modernidad más avanzada en arte y literatura, en estrategia militar y en cuestiones diplomáticas y políticas. Pero al mismo tiempo está presente la mística, cierto regreso a la Edad Media, el más fiero cristianismo etc. A partir de esta situación, se ha hablado de una modernidad barroca, modernidad contrarreformista o aun de una contramodernidad militante<sup>6</sup> para definir un proyecto que nunca se establece completamente como moderno. En mi opinión, España optó por un proyecto alternativo y paralelo al noreuropeo, que es algo muy distinto a no alcanzar la modernidad, lo

<sup>5</sup> Jorge Acevedo, “Meditaciones acerca de la modernidad en Ortega y Gasset”, en DE: <<http://www.artnovela.com.ar/modules.php?name=News&file=article&sid=585>>.

<sup>6</sup> Juan Ignacio Ferreras, “España y la modernidad: dieciocho notas”, en *SciELO Proceedings of the 2º Congreso Brasileño de Hispanistas. 2002, São Paulo*, en DE: <[http://www.proceedings.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=MSC0000000012002000100003&lng=es&nrm=iso](http://www.proceedings.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=MSC0000000012002000100003&lng=es&nrm=iso)>, 23-08-06.

que obviamente no evitó grandes contradicciones internas que llevaron a Américo Castro a hablar de una “edad conflictiva” para señalar las tensiones que vivió la Península en la confrontación de su proyecto histórico. Proyecto que la convirtió en un país en el que coexistieron místicos como san Juan de la Cruz junto a un activo y práctico conquistador como Hernán Cortés.

Las diferencias se agudizaron al inicio del siglo xx cuando Ortega y Gasset comienza a reflexionar:

Resulta bastante claro que en 1914 la modernización no había llamado todavía a las puertas de España: persistía la mayoría aplastante de la población agraria dentro del total de población activa, que implicaba también la preponderancia de un estilo de vida en que pesaban con fuerza las élites rurales y, consiguientemente, las escalas de valores tradicionales. La persistencia del caciquismo no deja de estar en conexión con este fenómeno.<sup>7</sup>

De esta especificidad surgía el interés por estudiar las obras propiamente españolas que, como *El Quijote*, daban cuenta de la particularidad hispana.

La particularidad de la España de Ortega y Gasset es que, sin haber consolidado su propio proyecto ante la historia, se encontró a medio camino entre sí misma y un proyecto, el moderno, que comienza a dar señales de agotamiento y que nunca había terminado de implementarse en su totalidad definitiva. En esa asimetría se igualaban por un momento la Península Ibérica y Europa en “la ausencia [...] de una ilusión hacia el mañana [...] Que España no haya sido un pueblo *moderno*, que, por lo menos, no lo haya sido en grado suficiente, es cosa que a estas fechas no debe entristecernos mucho. Todo anuncia que la llamada ‘Edad Moderna’ toca a su fin. Pronto un nuevo clima histórico comenzará a nutrir los destinos humanos”.<sup>8</sup>

Como un médico de la cultura (y la política), Ortega y Gasset se hace cargo del diagnóstico de la Generación del 98, aunque superándola desde su propia perspectiva para denunciar la falta de unidad, el excesivo particularismo, el desconocimiento de los grupos sociales entre sí y, sobre todo, la falta de dirigentes, tema en el que insistirá permanentemente.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Manuel Tuñón de Lara, Julio Valdeón Baruque y Antonio Domínguez Ortiz, *Historia de España*, Barcelona, Labor, 1991.

<sup>8</sup> José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1921), 13ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1963, p. 150.

<sup>9</sup> “No es la menor desventura de España la escasez de hombres dotados con talento sinóptico suficiente para formarse una visión íntegra de la situación nacional donde

Desde sus mismos inicios los esfuerzos modernizadores o fueron reprimidos o no tuvieron la fuerza suficiente para tomar el poder político, y a lo largo de los últimos tres siglos el pensamiento y la política hispana estarán divididos entre europeístas, afrancesados, laicos y republicanos, por un lado, y los tradicionalistas, casticistas, hispanistas etc., por el otro.

Esto explica que Jovellanos, Feijoo, Larra y otros autores de los siglos XVIII y XIX actúen en una sociedad marcada por las particularidades de una cultura burguesa no completamente moderna, que cruza la sociedad española toda en cuestiones de economía, política, educación, arte y literatura y aspectos religiosos, en la que los matices pocas veces estuvieron presentes.

En este sentido, ya había dicho Ortega y Gasset que España se había saltado el siglo XVIII: “Cuanto más se medita sobre nuestra historia, más clara se advierte esta desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el gran siglo educador”.<sup>10</sup>

Este cruce de “dos Españas” opuestas tuvo su encuentro más violento en la Guerra Civil de 1936, de la que Ortega y Gasset fue testigo y protagonista, y en la que intentó aplicar una posición intermedia y equilibrada: aceptar los cambios sin perder la identidad nacional, para la cual ese momento no era el más adecuado.

En este punto hay consenso entre españoles y americanos. Octavio Paz, por ejemplo, escribe: “En España no podía producirse esta reacción contra la modernidad porque España no tuvo propiamente modernidad: ni razón crítica ni revolución burguesa”.<sup>11</sup> Lo que Paz no ve es que no se trata de ausencia de modernidad, sino de la búsqueda de un proyecto alternativo a la modernización como eufemismo de revolución cultural burguesa, que es como la define Fredric Jameson.

Por otro lado, Ortega y Gasset señala el agotamiento de los valores y del sujeto moderno, así como la mala práctica del proyecto tanto en el caso europeo como en el norteamericano al que considera ingenuo. Y de igual modo contemplaba las limitaciones del modelo soviético alternativo al moderno. Ortega y Gasset tiene una precoz percepción de los límites de uno y otro modelo. La particularidad de España hace que ni Francia ni Alemania u otros países de Europa produjeran

aparezcan los hechos en su verdadera perspectiva, puesto cada cual en el plano de importancia que le es propio”. *ibid.*, p. 5

<sup>10</sup> Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1987, p. 121. citado por José Escobar Arronis, “Ilustración, romanticismo, modernidad”, en OE: <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/09252841966871839832268/p0000001.htm>>.

<sup>11</sup> *ibid.*

una figura como la de Ortega y Gasset, con un pensamiento tan amplio y con una cercanía y un rechazo a la modernidad como sólo podía hacerlo un liberal confiado en el poder de las ideas, un hombre de ideas a la misma distancia de la versión norteamericana que de la soviética de la modernidad. Curiosamente, en su libro *La rebelión de las masas* no menciona ni la Revolución Mexicana de 1910 ni la Rusa de 1917, dos fenómenos clave para comprender su presencia en el siglo xx. Ortega y Gasset tiene una visión, podemos decir, frankfurtiana de las masas, como colectivos de gente sin alma, pero que ocupan todos los lugares de la sociedad, incluido el arte y la cultura.

Javier San Martín señala que para Ortega y Gasset la modernidad descansa en el concepto racionalista e idealista de la subjetividad, y que el tema de nuestro tiempo es justamente la superación de dicho concepto y, con ello, la superación del racionalismo y del idealismo y la preparación de una nueva época.<sup>12</sup>

Para Ortega estamos en el umbral de una nueva época, la idea de la subjetividad es algo ya caduco, la modernidad ha concluido; de ahí que con frecuencia dijese que no quería ser moderno sino que se sentía un hombre “muy siglo xx”. El tema de nuestro tiempo es la superación de la modernidad, ése es nuestro destino. “Abandonar el idealismo es, sin disputa, lo más grave, lo más radical que el europeo puede hacer hoy. Todo lo demás es anécdota al lado de eso. Con él se abandona no sólo un espacio, sino todo un tiempo”.<sup>13</sup>

Por otro lado, Ortega y Gasset comprendió que la crisis generacional que lo afectaba era, al mismo tiempo, una crisis nacional y más tarde intuyó que la crisis no sólo era española sino que afectaba a todo el sistema de valores del mundo europeo moderno, tal como cinco años más tarde, en *La decadencia de Occidente* (1918-1923), lo haría Oswald Spengler.

Mi convicción —afirma Ortega y Gasset— es que las grandes naciones continentales transitan ahora el momento más grave de toda su historia [...] A estas fechas, Europa no ha comenzado aún su interna restauración [...] A mi juicio, el síntoma más elocuente de la hora actual es la ausencia en toda

<sup>12</sup> Javier San Martín, “El tema de nuestro tiempo”, en DE: <<http://www.torredobabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiacontemporanea/Ortega/Ortega-TemaNuestroTiempo.htm>>.

<sup>13</sup> *Ibid.*

Europa de una ilusión hacia el mañana [...] Y esto adviértase bien, no ha pasado nunca en Europa.<sup>14</sup>

La crisis común igualaba a una España premoderna con la Europa moderna. Las diferencias entre una y otra disminuían. En esta mirada, ser español era simplemente ser uno en Europa. Así, en el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada* comienza hablando de España y concluye haciéndolo sobre Europa. Es justamente esta situación común lo que lleva a Ortega y Gasset a establecer que la problemática hispana debe ser comprendida en ese conjunto mayor. Y agrega que durante su permanencia en Alemania (1905-1911) comprendió que “[lo que] los años de estudio en Alemania dejaron en mí fue la decisión de aceptar íntegro y sin reservas mi destino español”.<sup>15</sup>

Ortega y Gasset propone medidas concretas para superar la decadencia en la que se encontraba su país, decadencia centrada en la falta de diálogo nacional agudizado por la ausencia de dirigentes políticos que le permitieran a España salir del conservadurismo tradicionalista. Un país que había vivido la decadencia de un imperio sin pasar a la modernidad burguesa.

En su proyecto ideológico, Ortega y Gasset evita el marxismo, así como la salida espiritual, personalista, antitecnológica y antimoderna que algunos miembros del 98, como Unamuno y Ganivet, hacen suya:

Yo aplaudo a los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono [...] pero digo también que cuando acierto a levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean, y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada [de donde se desprende su radical oposición al intento de europeizar España] *Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas*.<sup>16</sup>

En este mismo sentido es conocida la carta que Unamuno le envía a Azorín donde acusa de afrancesado a Ortega y Gasset: “Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a san Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”, como una manera de oponerse al racionalismo instrumental desde el misticismo irracional.

<sup>14</sup> Ortega y Gasset, *España invertebrada* [n. 8], p. 10.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>16</sup> Ángel Ganivet, *Idearium español. El porvenir de España. Cartas finlandesas*, Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 121.

Ortega y Gasset se mueve en el horizonte de una modernidad que puede ser al mismo tiempo necesaria e insuficiente: “Por mi parte la suerte está echada. No soy nada moderno; pero muy siglo xx”.<sup>17</sup> Modesto probablemente significaba aquí seguidor de la filosofía positivista, que a comienzos del siglo xx mostraba su agotamiento.

Para enfrentar la nueva época, Ortega y Gasset propone fomentar las ideas, pues si éstas se niegan se cae en el pragmatismo y en el conformismo como en Estados Unidos, es decir, se debe fortalecer la actividad intelectual. Los países con más desarrollo son aquéllos con más pensamiento, más universidad, más libros. Se trata de una creencia muy extendida en la época. Se establece una categoría social, los “mejores”, intelectuales a quienes las masas deben seguir e imitar. “La rebelión sentimental de las masas, el odio a los mejores, la escasez de éstos —he aquí la razón verdadera del gran fracaso hispánico”.<sup>18</sup>

Éste es un eje fundamental en su obra, la pregunta por cómo actuar y cómo pensar en un país en esa situación de atraso ideológico. Incluso, en este punto puede ser criticable su excesiva confianza en los intelectuales, vistos como una “aristocracia intelectual” y no como individuos sometidos a las mismas tensiones que el resto de los sujetos sociales.

Una segunda propuesta de Ortega y Gasset, y en oposición a las tendencias de algunos miembros del 98, es la europeización de España: “Regeneración es inseparable de europeización; por eso apenas se sintió la emoción reconstructiva, la angustia, la vergüenza y el anhelo, se pensó la idea europeizadora. Regeneración es el deseo: europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución”.<sup>19</sup> Más Europa y no menos.

En el caso específico de Ortega y Gasset, España no vive en una antimodernidad ni ésta le es completamente ajena, por lo que en el futuro se debía mirar a Europa, es decir a la modernidad más próxima. Pero es una Europa después del incendio, pues tampoco se salvaría de la crisis que afectaba a las periferias. “España es una posibilidad europea. Sólo mirada desde Europa, es posible España”.<sup>20</sup> En este punto

<sup>17</sup> José Ortega y Gasset, “El espectador I” (1916), en *id.*, *El espectador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1950.

<sup>18</sup> Ortega y Gasset, *España invertebrada* [n. 8], p. 154.

<sup>19</sup> José Ortega y Gasset, “La pedagogía social como programa político” (marzo de 1910), en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, tomo I, p. 521.

<sup>20</sup> José Ortega y Gasset, “España como posibilidad”, en *Viajes y países*, Madrid, Revista de Occidente, 1957.

Ortega y Gasset no puede ser simplemente tachado de “afrancesado”. Lo que criticaba era la excesiva reclusión del país en sí mismo: la “tibetización de España”, así como la “africanización” de la Península que irónicamente sugería Unamuno.

Por lo demás, el planteamiento mismo de lo propio y lo ajeno nos parece una dialéctica muy hispánica (y muy latinoamericana), y en torno a la cual una larga lista de pensadores —entre los que sólo mencionaré a Leopoldo Zea, quien al reconocer la diversidad, establece que “somos iguales porque somos diferentes”— ha participado de similares preguntas. Este planteamiento no debe ser considerado como un simple juego de palabras sino que constituye la expresión de una problemática que se puede sintetizar en la percepción de dos modos de modernidad: uno triunfante y otro derrotado e incompleto. No por nada Zea se formó con el discípulo de Ortega y Gasset, José Gaos.

El interés por lo español se traducirá en lo que Ortega y Gasset denomina el estudio de la propia “circunstancia”, desde la cual intenta interiorizarse en la propia cultura e identidad hispana.<sup>21</sup> España se constituye para él en una (difícil) obsesión, marcada por la sensación de caminar confundido por la historia, sensación que más tarde dará origen a diversas publicaciones que marcaron las reflexiones sobre lo español (y lo hispanoamericano) como culturas singulares frente a las modernas: Geral Brennan, publica *El laberinto español* (1943), que fue respondido desde México por Octavio Paz con *El laberinto de la soledad* (1950), y más tarde Xavier Rubert de Ventós y *El laberinto de la hispanidad* (1987), o aún *La ilustración insuficiente* (1981) de Eduardo Subirats. Es lo que Ortega denomina “las realidades colectivas”, en las que muchos otros latinoamericanos participarán posteriormente en una misma alternancia frente a los valores modernos.

Este particularismo no era una práctica habitual en los estudios filosóficos de la época, que más bien preferían hablar desde la realidad universal. Éstos, y muchos otros textos, se plantean frente a la historia como una dificultad, culturalmente hablando. Ejemplo de tal dificultad es la integración de la parte de la “raza española” de España al resto de las comunidades latinoamericanas, según declara en *Meditación del*

<sup>21</sup> Es un sentimiento común al 98. Si revisamos los títulos de sus libros lo comprobamos fácilmente: Antonio Machado escribió *Campos de Castilla* (y en su interior: “A orillas del Duero”, “Por tierras de España”, “El Dios ibero”, “La tierra de Alvar González” etc.). Ganivet publica: *España filosófica contemporánea e Idearium español*. Unamuno: *En torno al casticismo; Vida de Don Quijote y Sancho*. Maeztu: *Hacia otra España; Don Quijote, Don Juan y la Celestina; En defensa de la Hispanidad*. Azorín: *La ruta de Don Quijote; España; El paisaje de España visto por los españoles; Castilla*. Y por fin Ortega y Gasset: *España invertebrada; Meditaciones del Quijote* etcétera.

*pueblo joven*. Ortega y Gasset quiere considerar a las periferias no modernas a través, por ejemplo, de los trabajos de Leo Frobenius sobre África, pero no considerada como “lo exótico”, que constituía un tema del momento, sino como una oportunidad de superación de las limitaciones de la modernidad. Las periferias aportaban una vitalidad que superaba la ausencia de programas racionales, lo que en el esquema de Ortega y Gasset calzaba perfectamente, pues la razón no es pura, ni el ser humano se conduce sólo por elementos racionales. Se debían aceptar también los elementos prerracionales, para Ortega y Gasset el hombre no es el animal racional.

Ortega y Gasset se propuso incorporar América Latina a sus reflexiones reconociendo las semejanzas, y por esta razón en Argentina polemizó contra los postulados de Sarmiento, pues en su opinión si se niega al indio y a la época colonial, a Argentina nada le queda sino el siglo XIX, el republicanismo y el futuro. Con ello aportaba un nuevo punto de vista: aceptar lo que se es. Ortega y Gasset rompe la oposición civilización *versus* barbarie. El autor de *La rebelión de las masas* es más político de lo que se pudiera pensar, y su imagen de la filosofía está íntimamente ligada a los problemas de la organización social.

#### 4. Conclusiones

ORTEGA Y GASSET creía estar viviendo una época de transición entre la Ilustración que concluía, sin haber llegado del todo a España, y una nueva época todavía no definida, pero que significaría cambios sociales muy radicales. El hecho de que la modernidad no haya llegado completamente a la Península no produce queja, pues vuelve a insistir en que “hoy parece que aquellos principios ideológicos y prácticos comienzan a perder su vigor de excitantes vitales, tal vez porque se ha sacado de ellos cuanto podían dar”. Incluso, para Ortega y Gasset es posible que de “los principios ‘modernos’ sobrevivirán muchas cosas en el futuro; pero lo decisivo es que dejarán de ser ‘principios’, centros de gravitación espiritual”. Es un punto de vista interesante por lo templanamente planteado.

Mirados desde hoy, algunos de los debates presentados aquí parecen inútiles. Es evidente que en un mundo interconectado y en un proceso de globalización ciudadana cada vez más intenso y amplio, ya no tiene importancia preguntarse si España pertenece o no a Europa. Es la propia España la que hoy recibe en su interior a miembros de estas culturas, que la ven como moderna y desarrollada.

En este sentido, Ortega y Gasset no podía saber que existen “modernidades múltiples”,<sup>22</sup> y no un modelo único.<sup>23</sup> Hoy España es una nación más vertebrada en una Europa también más vertebrada. Los problemas actuales son más una cuestión de futuro que de pasado. Es evidente que España es uno de los países que ha tenido más éxito en pasar de aquel país provinciano al actual. Pero también es evidente que la historia no tiene fin y surgirán nuevas invertebraciones en el futuro y se requerirán nuevos pensadores para enfrentarlas.

<sup>22</sup> Schlomo Eisenstadt, “Alternative modernities”, *Daedalus* (American Academy of Arts and Science), vol. 129, núm. 1 (2000).

<sup>23</sup> Tampoco podía conocer las ideas expuestas en los textos de Arjun Appadurai (la modernidad desbordada hacia las periferias y sus contradicciones), Gayatri Chakravorty Spivak (las teorías de la poscolonialidad), Edward Said (la imposición de un rostro a la cultura periférica desde la modernidad) y Homi Bhabha (el emigrante y la proyección de la propia identidad en medio de la modernidad que lo recibe). Existe abundante bibliografía sobre estos autores.